

LA NOVELA GRÁFICA

Año I - Sale los martes - N.º 1

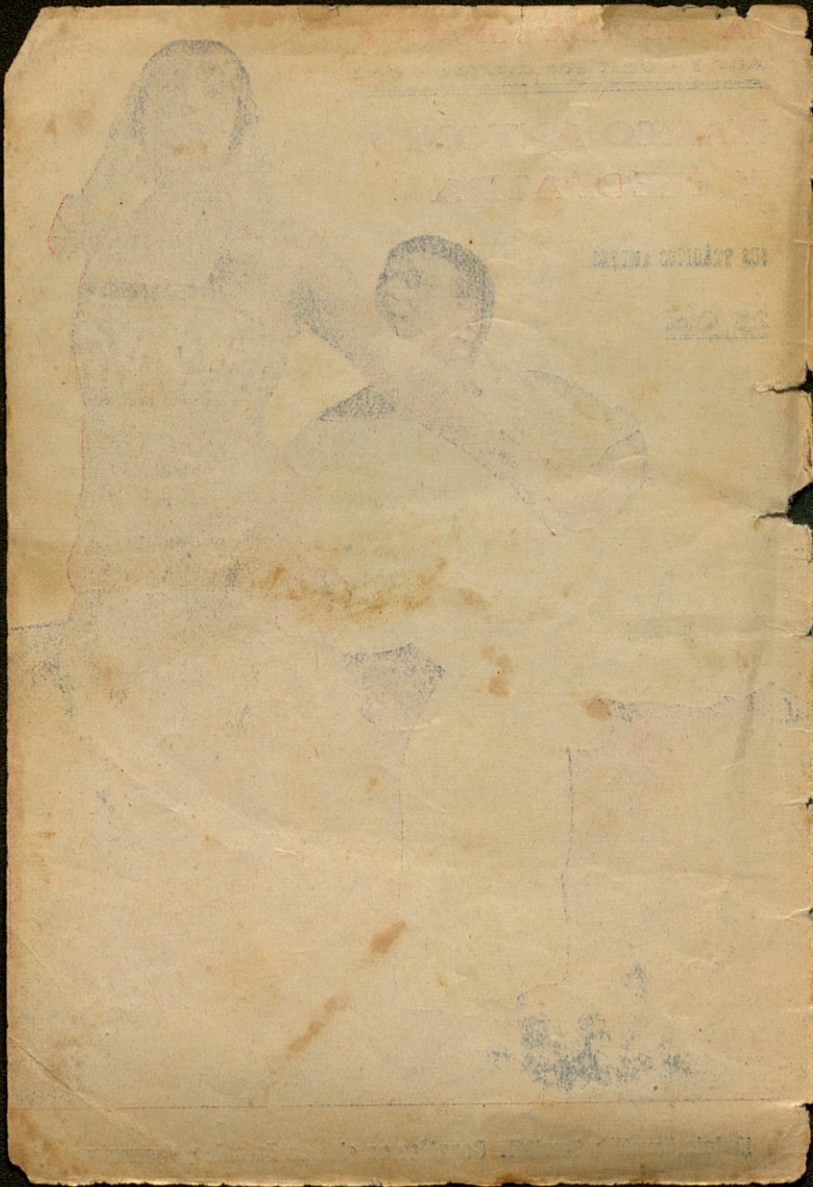
MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA

SUS TRÁGICOS AMORES

25 Cts.



Amleto Novelli y Terribile González en «Marco Antonio y Cleopatra»



MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA

*Es propiedad de los editores.—
Hecho el depósito que marca
ley.*

MARCANTONIO E CLEOPATRA

1913

Trágicos amores de

Marco Antonio y Cleopatra

Adaptación literaria de la gran-
diosa película del mismo
nombre, de la marca:

CINES

Concesionario exclusivo

FILMS PIÑOT

Principales intérpretes:

Marco Antonio: **Amleto Novelli**

Cleopatra: **Terribile Gonzalez**

MARCO ANTONIO

Sobrino de Julio César. Fogoso general romano que derrotó a Bruto (asesino de Julio César) y a Casio en Filipos, el año 42. Organizó con Octavio y Lépido el segundo triunvirato romano siendo elegido primer triunviro de la República. Más apasionado por la guerra que por la política de encrucijada, abandonó pronto el Occidente y pasó con sus guerreros a la conquista del Oriente fascinador.

Una mujer cruzóse en el camino de sus victorias y subyugado por ella, lo olvidó todo y lo perdió todo. Esta mujer que supo parar con sus encantos el curso de la Historia, fué Cleopatra.

Octavio, ante la vida de disolución de Marco Antonio, salió con un nuevo ejército hacia Egipto, venciendo a Marco Antonio en la batalla de Accio y quedando éste sitiado en Alejandría, donde supo darse una muerte digna de sus altos prestigios.

Nació en 83 y murió en 30, antes de Jesucristo.

CLEOPATRA

Reina de Egipto. Una de las mujeres más bellas y más astutas que registra la Historia.

Cautivó con sus encantos a César y a Marco Antonio y movió a su antojo los destinos del mundo.

Al ver derrotado a Marco Antonio por Octavio, intentó envolver a éste en las redes de su belleza, pero viéndose vencida y despreciada, dióse la muerte haciéndose morder por un áspid.

AÑO 1

MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES

NÚM. 1

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:

Rambla de las Flores, 30, 1.º
Teléf 4656 A. — BARCELONA



Talleres Gráficos propios:

Bou de San Pedro, núm. 9
Teléf. 1167 S. P.-BARCELONA

Corresponsales: En todas las poblaciones de España y América

Marco Antonio y Cleopatra

I

LA ciudad de Tarso ardía en fiestas. Marco Antonio, el primero de los triunviros romanos, iba a ser su huésped y de todo el Egipto acudían gentes para rendir homenaje a las Águilas Romanas.

Arcos de triunfo exornados con riquísimos tapices fueron levantados aquí y allá en la conmovida ciudad para recibir al héroe en cuya frente augusta fulgían los laureles de oro de la victoria.

Riadas humanas bajaron en tropel hasta la encaldecida arena que lamía el mar y prosternáronse a los pies del triunfador como símbolo supremo de acatamiento y sumisión.

— ¡Señor! — pronunciaron los mensajeros de la reina al desembarcar el general: — Nuestra tierra os pertenece, sus moradores son vuestros esclavos; nuestra So-

berana, la bella, la dulce Cleopatra, os espera en el palacio de los Ptolomeos para rendiros homenaje. Aquí, a vuestros pies, noble señor, tenéis a los que, por agradaros, formarán con sus cuerpos sobre tierra, un tapiz que hollaréis con vuestras plantas, levantando, cada pisada vuestra, un clamor de entusiasmo por el honor de haberos sostenido...

Marco Antonio, mayestático y dominador, frunció el ceño, cruzó los brazos sobre el pecho, y altanero, despreciativo, mordaz, restallante, contestó:

— Me habláis de una reina — de vuestra reina — y os confieso que estoy acostumbrado a que en torno mío no sea reconocida otra soberanía que la de la Roma Inmortal. Decid a *Vuestra* Majestad que las Águilas Imperiales merecen mayores respetos, y que en esta playa, al frente de sus súbditos como un «esclavo» más de Egipto, debió hallarse la *bella y dulce* Cleopatra.

* * *

Como latigazo en el rostro, oyó la dominadora de Césares, el relato que hicieron poco después sus mensajeros. Clavó, rugiente de ira, sus uñas en su propia carne, ante la avilantez del déspota cuyas palabras cayeron, al ser repetidas, como dardos venenosos percutiendo hirientes, en sus oídos. Sus labios, encendidos, sensuales, sangraron a la presión de sus marfileños dientes. Un temblor convulso agitó su cuerpo estatuario...

Luego, frenando sus impulsos, acallando el rugir de su cólera, altiva y orgullosa cruzó los amplios salones del palacio, yendo anhelante a sepultarse en el misterio de sus cámaras de sortilegio, lóbregas e inquietantes...

— ¡Humillada! ¡Vencida! — masculló henchida de rabia—. ¡No! ¡Mil veces no! Antes la muerte, que verme pisoteada... ¡Antes!...

— ¡Siempre la misma! — musitó a sus oídos una voz cortante como silbido de serpiente—. ¡Siempre apasionada, e impulsiva, sometida al imperio de los nervios!...

La reina perforó, con sus pupilas, la espesura de las

sombras, distinguiendo, en lo más negro del antro, la figura alucinante de la vieja sibilia, quien, rastreando, llegó hasta la soberana, deslizando, ladina, en sus oídos:

— ¿Te quiere a sus pies, verdad?... ¡Ve! ¡Humíllate, prostérnate, besa sus sandalias!... Eres bella, ¡oh Cleopatra, y a tus pies, implorándote la limosna de un beso en las rosadas uñas, le verás antes de que el sol vuelva a iluminarnos... Ve; nada temas... Marco Antonio, el poderoso, el tirano, caerá ante ti rendido de amor; olvidará a su esposa, a su patria, por los encantos de la soberana de Egipto y, por ti, morirá... ¿Oyes?... ¡Mo... ri... rál...!

Cleopatra reaccionó. En su cerebro brilló, fugaz, una idea como un relámpago... Obedecería a la pitonisa; humillaría su frente, con astucia, con felinidad ante el omnímodo triunviro. ¡Después!...

Y dió en el acto orden a sus vasallos para que estuviese dispuesta la galera más fulgente de cuantas surcaban el Nilo, enriqueciéndola con velas de color de púrpura recamadas de oro, con remos de plata que se moviesen al compás de nutridas músicas.

* * *

El bajel, esplendoroso, magnífico, como nave de ensueño, como ensueño convertido en maravillosa realidad por la imaginación febril de los súbditos de la arbitraria reina, balanceóse fastuoso, al arrullo de las acariciantes olas.

Y Cleopatra, radiante de hermosura, transformada en Venus surgiendo de la espuma de los mares, rodeada de sus más bellas damas que representaban a las Ninfas y a las Gracias, entre rubios niños que figuraban los Amores, emprendió el camino, bajo los ardores de un sol que rebrillaba cegador, en las crestas de las olas, blandas y musicales del mar eternamente latino, sobre cuyo azul esplendía, fulgente, el cuerpo armónico de la soberana de Oriente.

La nave al surcar, majestuosa, el ondulante piélagos,

dejaba tras de sí una estela de perfumes y de sonidos, que se difundían en el aire y en la luz.

Mar adelante iba la maravillosa galera, deteniendo en su curso a las nubes, paralizándolas en su vuelo a las gaviotas, dando vista, por fin, a la ciudad de Tarso, que, asombrada, vió avanzar al barco prodigioso conduciendo a la soberana de Egipto, esplendente, triunfalmente hermosa y con fastuosidad milagrosa ataviada.

Al descender Cleopatra del maravilloso bajel y pisar la arena ardiente, millares de bocas prorrumpieron en vítores, rugieron de entusiasmo, poblaron los aires.

Marco Antonio, sin embargo, permaneció impasible, sin dignarse extender la mirada más allá del círculo que pudiera describirse con el radio de sombra, que su figura proyectaba. Acaso sintiérase herido en su amor propio. Tal vez por todas las galerías de su espíritu rumoréase el orgullo jamás abatido de su raza.

Aguardó, rígido, estatuario, inmovible, a que la reina abatiera sus prestigios ante él, gran jerarca...

Mas traicionándose a sí mismo, quizás sin advertir que su voluntad imperiosa pudiese flaquear, miró oblicuamente hacia el punto donde iban a converger todas las miradas.

Sus ojos se encontraron con unas pupilas de abismo... Sintió latir súbitamente con violencia el corazón; correr por todo su cuerpo un escalofrío jamás experimentado, galopar enfebrecida su sangre... No sabía si estaba soñando o si era víctima de una alucinación... Desorbitadas, ávidas, ansiosas, sus pupilas, ya imantadas, buscaron de nuevo lo que casi sin mirar vieron... y entonces sí que el triunviro creyó desfallecer...

Tenía ante sí, animada de todos los jugos helénicos y de todas las esencias del Oriente misterioso, el cuerpo más bello de mujer que pudiera concebir el genio de Grecia... Y, subyugado por el ritmo indolente, por la euritmia orquestal de la hembra victoriosa en la máxima soberanía de la forma, el triunviro, anulada su voluntad, hizo, balbuciente, a la gran perversa, la rica ofrenda de los más cálidos elogios; puso a sus pies, de nácares y rosas, todo su poderío... ¡Cleopatra le

había maravillado, le había hechizado, le había enloquecido!

Y ante la subyugadora beldad, sintió en la magnificación de su sangre curvarse el orgulloso acero de su estirpe.

Y un anhelo viril y proterva de dominación, de posesión, entrélese por todos los poros, abiertos como bocas ávidas al beso, asumiendo su instinto heroico todas las potencias dispersas de la vida inacabable, inmortal...

* * *

El triunviro fué recibido en la tierra de ensueño de los faraones con los máximos honores. Cleopatra tendió hábilmente la red diabólica que había de anularle y Marco Antonio, humano al fin, cayó incautamente prendido en ella.

Grandes fiestas organizáronse en honor del héroe. El oro, los perfumes, la pedrería, los manjares exquisitos, el vino enloquecedor, prodigáronse en ellas con munificencia inusitada. Cleopatra supo poner a los pies del enviado de Roma todo lo grande, todo lo bello, todo lo grato del Oriente fastuoso y fascinador y supo hacer más bello aun que su país, la orfebrería de su cuerpo de diablesa cautivadora.

Marco Antonio se enamoró insensatamente, frenéticamente, satánicamente, de aquella mujer prodigiosa, aromada de perfumes y alegrías, nutrida de los más dulces jugos de la primavera, ágil y ondulante, inquietadora y cruel.

En todos los gestos, en todas las actitudes, en los más secretos matices de la expresión de la reina, resplandecía la palabra «Vida», como una sentencia esculpida en su carne llena de absoluto.

De su boca fluía sin término, la sonrisa; de sus ojos, grandes y negros, surgía a borbotones la luz, y de su cuerpo, vibrante y tiránico, manaba, como de inagotable fuente, el amor ardoroso, despótico, crepitante y soberbio.

Lentamente, sabiamente, Cleopatra iba recobrando su perdido trono, sus hollados prestigios.

Triunfaba en sus predicciones la sibila.

Marco Antonio, el insumiso, el dictador, el déspota, mostróse primero respetuoso con la majestad caída; trocó más tarde el respeto en efusiva cordialidad, pasando de ésta al más vil, al más denigrante servilismo hacia la *dulce*, hacia la *bella soberana*...

En una de las maravillosas fiestas ofrecidas al triunviro, trenzó la reina, al compás de músicas adormecedoras, dejando atónito a Marco Antonio, danzas de ritmo puro y noble pero voluptuosas y lascivas de una cadencia y gracia endiabladas, de una perversidad enigmática...

Su cuerpo magnífico ofreciase, impúdico, en lascivos retorcimientos a los ojos ansiosos y calientes del conquistador.

Dijérase que más que una mujer, danzaba una serpiente, una llama como sujeta a un ritmo de sutiles y arrodisiacas auras, imantando las pupilas del triunviro, desorbitándolas, inmensificándolas.

Marco Antonio contenía hasta la respiración. Se sentía atraído, arrastrado por la maravilla de aquel cuerpo enloquecedor.

Y, casi arrancado del trono en que se había sentado, la comba de su pecho adquiría proporciones de bóveda catedralicia.

Un temblor de loca fiebre se le metía por todos los poros, exacerbaba su sangre, le iba poseyendo.

Y sus manos se abrían como garras prontas a destrozar las lúbricas carnes de la reina, que parecía gozarse en el tormento encruelizado del triunviro...

Marco Antonio no podía frenar los indómitos potros del deseo.

Rugía a lo largo de sus galerías arteriales el huracán del instinto, y todos sus nervios vibraban como las cuerdas de un arpa demoníacamente tensas.

Su razón se oscurecía, replegábase dominada por un ansia enloquecedora de posesión, de dominio, de estrujamiento.

Hombre avezado a someter pueblos enteros a su vo-

luntad indomable, no se resignaba, no podía resignarse a ser juguete del genio endiablado de una mujer.

El la codiciaba con todas las vehemencias y todos los ímpetus.

El necesitaba sentir en su piel ardorosa el contacto de otra piel, y hasta en lo más recóndito de la entraña,



Trenzó la reina al compás de músicas adormecedoras...

el estremecimiento máximo y glorioso de las grandes victorias amorosas.

Y en un arranque de irrefrenable impulsión, retorciéndose como leño verde en la hoguera, chisporrotearon en sus labios, rotos por la fiebre, todas las fiebres que le consumían...

— ¡Oh reina fascinadora! — exclamó tremoso: —

me has humillado; te adoro, te idolatro... Hay en ti un perfume de rosas perturbadoras que me embriaga, un atractivo fosfórico y brujesco que espolea mis sentidos, un ímán de pecado y de dominio que me esclaviza... Roma, la gloria, la fortuna... ¡todo por un beso tuyo!...

Cleopatra resistía...; dijérase que gozaba atormentando a Marco Antonio, despertando en él hasta lo más secreto del instinto, avivando aquella su ansia de adueñarse ferozmente, cruelmente de la conturbadora mujer.

— ¡Un beso, Cleopatra, y seré tu esclavo! — suplicaba, con acento desfallecido, mientras cortesanas y esclavos, como imágenes huidizas de un sueño, esfumábanse, como absorbidos por las bocazas de aquellos vastos salones.

Sola, triunfante, dominadora, erguiose Cleopatra como una diosa sobre el glorioso pedestal de su perversidad...

Y a sus pies, avasallado, abatido, arrastrábase en Marco Antonio todo el poder altivo de las serenísimas Águilas Romanas.

Y la reina, ¡al fin, mujer! cedió, abandonándose, como si sus águilas interiores abatieran las victoriosas alas, como si en su alma hubiera sonado la melodía lauda e inmortal del amor...

Marco Antonio revivió las gestas eróticas de los faraones, entregóse al placer, añadió a sus victorias la conquista de una soberana en posesión de todas las majestuosidades de la vida...

Roma nada significaba para él; nada tampoco Octavia, su esposa... Le esclavizaba, le absorbía el nuevo amor...

II

Rodaban las horas, sepultábanse en el caos los días. Octavia, mordida por los celos, hizo a su hermano — segundo triunviro — confidente de los hondos pesares que la agobiaban y consumían.

Augusto Octaviano la aconsejó:

— Marcha a Egipto y recuerda, severa, al esposo, sus deberes para contigo y los compromisos que tiene contraídos con la patria.

Y Octavia, que era la sencillez y la modestia personificadas, no vaciló en ir en busca del esposo desleal, con la esperanza de recobrar su afecto, de reintegrarle a la Roma imperecedera.

¡Vano intento! Marco Antonio, lejos de prestar oídos a los blandos y cariñosos requerimientos de su legítima compañera, rechazó a Octavia, la repudió, no obstante constarle que era amada, por sus virtudes, de todo el Imperio.

— Teme al juicio de Roma, todopoderosa en mares y tierras — dijo la infeliz mujer.

— Solamente la Historia — respondió el triunviro — podrá juzgar de mí.

— El odio inmortal de tu pueblo te perseguirá dondequiera que vayas.

— ¡Bah!... mi pueblo — contestó, cínico, Marco Antonio — está aquí, donde la vida es bella, donde todo me sonríe...

En efecto: una aureola de prestigio, de fama, nimbaba la testa del amante de la reina. Y no sólo Cleopatra, sino las damas y aún las esclavas de su corte, suspiraban por merecer una sonrisa del romano, apuesto y brioso como un semidiós guerrero, disputándose todas, burlando la vigilancia de la reina, las caricias de aquel infatigable soldado del amor...

Agar, la esclava favorita de Cleopatra, concibió por Marco Antonio una pasión supraterrena. Le quería con todas las potencias de su alma. Fuera capaz por él, de sacrificar su vida en aras de un amor de pecado. Su corazón se abrasaba, se consumía en la hoguera devoradora de los celos, horribles y tormentosos, que la retorcián hasta la última fibra del espíritu.

Ella le adoraba, hábale convertido en la imagen venerada de todos sus cariños experimentando placer ineradicable cuando Marco Antonio le hacía la limosna de una caricia. Su amor no era violento y febril como el



Muerte de Marco Antonio

de Cleopatra; no hacía vibrar su carne; pero la inundaba el corazón de felicidad la sola esperanza de verse alguna vez correspondida.

En tanto Agar, atenta siempre a defender la preciosa existencia del elegido, más adorado cuanto más imposible, vigilaba, acechaba constantemente a los que se alzaban, llevados de su fanatismo, amenazadores ante el primer triunviro.

Y ella fué la que descubrió la conjura religioso-palaciega que se fraguaba sordamente, habiendo llegado a sus oídos, lo mismo las palabras que dirigiera a la reina en su palacio, aquel Agadir siniestro cuyo amor desdeñara Cleopatra, que las que sonaron, terribles, en el misterioso templo de Isis...

Agar advirtió a Marco Antonio de los peligros que le amenazaban:

— He oído — dijo — lo que Agadir ha comunicado a la reina, asegurando que el pueblo de Egipto, sin matices, murmuraba de ella y la maldecía por prodigaros sus favores.

— Y Cleopatra, ¿qué contestó? — hubo de preguntar el triunviro.

— He aquí lo que repuso: «La tierra fecunda de Egipto, las aguas de sus ríos, el aliento de sus súbditos, me pertenecen; y vosotros, esclavos, callad y obedeced...» Luego, en el templo — continuó Agar —, me sorprendieron, y la ira fanática cayó sobre mí, amenazadora: «¡Callas para siempre, esclava, o morirás!...»

— ¡Qué buena eres, Agar! — pronunció, cariñoso, Marco Antonio.

— Te sirvo.

— Pero lealmente.

— Mi corazón no está dormido... Soy algo más que tu esclava...

* * *

¡Desdichada Agar! Aquellas palabras que fluyeron, trémulas, de sus labios, las oyó la reina, quien sorprendió...



— Mi corazón no está dormido... Soy algo más que tu esclava...

dió a su esclava implorando los favores de Marco Antonio...

Rugió Cleopatra de ira.

—¿Cómo te atreves, tú, mi esclava, a traicionarme? ¿Quién eres para alzar la mirada hasta él, infame?

Agar, ni siquiera se inmutó. Tampoco atrevióse a pedir clemencia. Pensó que era inútil cuanto hiciera para salvar su vida, y resignóse a sufrir calladamente, los cruentos martirios que se le infligieran.

Media hora más tarde, fué sometida a castigo, siendo azotada bárbaramente a presencia de Cleopatra.

— Bastante... — dijo la reina —; ¿a qué proseguir?...

Y con la sonrisa a flor de labio, ordenó a sus vasallos:

— Arrojadla al estanque, para que la devoren los cocodrilos... ¡Así quedará castigada la sierva que intentó mancillar a su soberana!... ¡Pronto! ¿A qué aguardáis?... ¡Que muera!

Ahilando la voz, Agar aún pudo balbucir:

— Muero... feliz... ¡porque me besó!...

Oyóse en el agua el ruido que produce un cuerpo al ser violentamente atrojado en ella... Todos los ojos se cerraron para no ver... A todos los oídos llegó un dislacerante crujir de huesos, con un alarido que ahogóse en la entraña del monstruo... Jadearon, pávidos, los pechos... Salpicaron los rostros las revueltas y rojizas aguas... Después, silencio... Luego, nada... La terrible sentencia quedaba cumplida. Agar no volvería a ser besada por Marco Antonio. Y rompiendo el pétreo silencio, vibró el trallazo de una carcajada femenina que se perdió en la oquedad de aquel recinto de muerte y de tragedia.

III

En tanto, en las cavernas secretas del Palacio de los Faraones y en los antros del templo, decretábase la

sentencia condenando a terrible muerte a Marco Antonio.

Agadir postróse de nuevo a los pies de su reina en demanda de amor.

— ¡Nunca! — pronunció, con altanería, Cleopatra.

— Medita, soberana. Todavía es hora... Bastará una palabra tuya abriendo mi pecho a la esperanza para que el rayo que ha de aniquilar al romano, se detenga a la mitad de su carrera... ¡Te amo, mujer!



— ¡Aparta, miserable! ¡Tu reina te desprecia!

— ¡Aparta, miserable! ¡Tu reina te desprecia!

— Reflexiona — insistió, suplicante, Agadir —. Egipto sagrado te maldice; tu pueblo clama contra ti venganza... Yo puedo librarte de una muerte afrentosa; yo, que te adoro...; yo, que cifro en ti la mayor ilusión de mi vida...!

Cleopatra ni se dignó mirarle, y el despechado, irguiéndose, pronunció, silbando de coraje, las sílabas:

— Morirás, ¡oh reina!, de hambre, mientras tu Marco Antonio sucumbe...

* * *

El triunviro, que sólo vivía para el placer orgiástico, que anulóse para todo cuanto no fuera el rito sensual, en el que oficiaba con la reina pecadora, estaba bien ajeno a la tormenta que se fraguaba sobre su cabeza.

Numerosos y terribles eran sus enemigos, quienes, estrechando por momentos el cerco, llegaron, temerarios, cegados por una fe, que el odio generara, hasta él, e hicieron que tomase el tiltro narcotizador, preludio de la venganza.

Agadir, el amante desdeñado, conoce como nadie la voluptuosidad refinada de las largas agonías. Quiere recrearse contemplando el espectáculo de la muerte que rondina en torno a su presa.

Y so pretexto de defender la vida de Marco Antonio, se aproxima al triunviro, cuyos minutos de existencia están contados, porque él, Agadir, sepultará, en nombre de Egipto, el envenenado acero en el corazón de su rival.

El instante anhelado se acerca... Ya el romano se adormece..., entra en el sopor..., le invade el sueño... Surgen, por doquier, como vomitadas por la sombra, figuras que parecen fantasmas... Avanzan, vacilantes, aunque ansiosas de presenciar la postrera mueca del que olvidó a su patria por el amor de una mujer... Fulge, en la semiobscuridad de la cámara, el desnudo puñal vengador...

— ¡Atrás! — grita imperativamente Cleopatra, en actitud de fiera espantosamente trágica —. Quien ose tocar a un solo cabello de ese hombre, morirá inexorablemente.

Llameaban siniestros, infernales, los ojos de la reina; castañeaban de cólera sus dientes; rugía por todos poros su cuerpo...

— ¡A mí los leales! ¡La soberana llama a sus fieles vasallos en defensa del trono de Egipto!

Agadir y los suyos retrocedieron, temerosos: mas no lograron escapar a la ira de Cleopatra, quien se mostró implacable con los traidores.

— ¡Que sean destrozados por las fieras! — ordenó.

Y mientras se cumplía la terrible sentencia, la serpiente egipcia se enroscaba, acariciante, al cuerpo del amado, que lentamente tornaba al conocimiento; contemplábase en éxtasis, como si le viese revenir, pálido, callado, misterioso, de los ámbitos de donde nadie vuelve.

Marco Antonio no hizo el menor estremecimiento, ni la más imperceptible contracción convulsa. Tornaba a la vida con la serenidad con que vuelve el alba después de la noche...

Cleopatra recogíale ansiosa el aliento y le besaba largamente..., golosamente..., al tiempo que allá, en Roma, se congregaban los senadores después de haber explicado Octavia, con el corazón manando sangre, la inmensidad de su desgracia al verse desdeñada y repudiada por el esposo libertino.

Los más respetables varones condenaron, escandalizados, el inexplicable proceder de Marco Antonio, conviniendo en que era preciso execrarle, denigrarle públicamente.

El venerable Papirio aventuró poner en duda que fuera digno el triunviro de conservar su título, sino ni siquiera de ser considerado como simple ciudadano de Roma.

— Ha pisoteado — dijo — los sacros deberes patrios por un amor lascivo... ¿Hay algo más monstruoso? Conquistar vaerosamente un reino entero con la sangre fecunda de madre Roma, para ofrendarlo a una hechicera real, es delito de lesa patria. Yo propongo que sea exonerado, vituperado, maldecido...

Plauzio leyó el decreto-requisitoria, declarando a Marco Antonio traidor a la Patria, y el Senado aprobó, por unanimidad, la degradación del desleal triunviro, que se dejó fascinar por los inagotables recursos de la serpiente de Egipto.

En vano los embajadores de Roma trataron de que Marco Antonio se sometiera a los mandatos de la patria.

— No me intimidan las amenazas — dijo el amante de Cleopatra, al mensajero —. En cuanto a ti, vuélvete al lado de quien te comisionó, y dile a Octaviano que te consideras dichoso por haber salido con vida de la Corte de Egipto.

Dos días después, Octaviano, símbolo del odio romano hacia el desleal triunviro, tomó el mando supremo del ejército, y al frente de aguerridas legiones, salió del puerto de Ostia...

IV

— ¡Oh, amada mía, fuerza, gloria, númen, alma! No hay para mí más realidad, más universo que tú... La creación entera se resuelve en un solo nombre: Cleopatra. Consagrado a tu culto con un exclusivismo feroz, viviendo presa de ternuras en el regazo inmenso de este amor más fuerte que la misma muerte, ¿qué me importan los Imperios y la gloria, que son de arcilla?... Te adoro, mujer; te idolatro, reina... Me muero de quererte, de tanto vivir en ti.

Así hablaba Marco Antonio en la cámara de aquel suntuoso palacio de los Ptolomeos, en la riente Alejandría, junto a la reina que le hechizara, mientras la Armada que conducía a las legiones de Octaviano, abordaba la tierra clásica y milenaria de los Faraones.

Se estaba formando en lo alto el rayo que había de aniquilar a los dos amantes, obsesionados, hambrientos siempre de caricias, de goce, de dolor de amor.

Silenciosas, las huestes de Octaviano, avanzaron hacia la fastuosa Alejandría. Millares de hombres, prontos al combate, dejando las naves que seguramente devolverían victoriosos a Roma, se internaban, guiados por gente experta, en los dominios de la ensoberbecida reina, cada día más vastos, pues su amante, rendido,

tuvo la audacia de donarle la Fenicia, la Celestría, la Judea, Chipre y parte de la Cilicia.

La soldadesca romana, a cuyo desembarco no pudieron oponerse los desmoralizados ejércitos de Cleopatra, tenía por descontado el triunfo, capitaneada por Octaviano. Y avanzaba, avanzaba, acercándose a Alejandría, cuyos muros recortábanse en la noche...



Y avanzaba, avanzaba, acercándose a Alejandría...

En tanto, la reina, con su corte, entregábase a desenfrenadas orgías.

Su palacio, engalanado como nunca, semejaba, encendidos los lampadarios, un ascua de oro. Todo allí fulgía y cegaba, aturdiendo, asombrando, maravillando.

Grandes candeleros de plata cuajados de preciosas piedras esparcían luz blanca, luz rojiza, que se quebraba en las columnas de mármol, bruñidas, en las estatuas de bronce, en las ánforas llenas de rosas.

Pielés y tapices en espléndida confusión decoraban

los muros, bajo los frisos de alto relieve. Y aquí y allá se veían armarios de laca, objetos de porcelana, alcafitas primorosas, paramentos cuajados de figuras, biombo recamados de oro...

Todo allí respiraba molice y sensualidad; todo era riqueza y fausto. Ágiles danzarinas describían con sus pies complicados dibujos, al compás de músicas cadenciosas, en alto los brazos, en actitudes impúdicas, pero rítmicas; y sonaban, por doquier, chasquidos de besos, y estrépito de carcajadas.

Cleopatra junto a Marco Antonio, parecía desfallecer de felicidad, agitándose su cuerpo, de vez en vez, en convulsos temblores; alisando con sus dedos cuajados de rutilantes joyas, los cabellos perfumados del amado, diluyéndose en caricias; brindando el rojo clavelón de sus labios a la tremosa y ávida boca del triunviro, devorada por una sed implacable de vino, de sangre, de rosas, del aliento conturbador de aquella mujer demoníaca...

Los dos amantes, embriagados, no se recataban para arrullarse, para colmarse de cálidas caricias, de febricitantes besos en la forma más crispadoramente lujuriosa.

Se entregaban uno a otro con una ansia vehemente, a la pasión siempre tensa, con las alas abiertas siempre para un vuelo glorioso. Ambos, dijérase que sentían la fascinación indefinible de la tortura y trenzaban sus brazos, estrangulándose, y confundían sus alientos como si reclamase cada cual la llama del corazón del otro...

Y la música desmayaba con una dulzura suspirante, o se elevaba estridente y desgarradora, sin que las danzarinas suspendieran aquel baile inconsciente ondulando las anchas caderas con voluptuosa armonía.

Quitóse Cleopatra de una de sus orejas una perla de valor inapreciable, y echándola en una copa de oro llena de vinagre dijo a Marco Antonio:

— Bebe. Devoremos así las riquezas que nada valen comparadas con el tesoro de nuestro amor...

Ya los romanos rodeaban los muros de Alejandría...; ya el puerto y rada habían caído en su poder y dispo-

nábase Octaviano a apoderarse del palacio de los Ptolomeos, la fascinante joya oriental...; ya la antorcha incendiaria iba generando la devastación y se teñían las aguas sagradas del lago Mareótido de dos sangres...; ya el fragor de la pelea se extendía, rumoroso, por doquier, como el humo negro y espeso de los incendios que matizaban de rojo a la ciudad...; ya la tragedia se mascaba.

Los invasores atropellaban todo; destruían, asolaban...; y las gentes, empavorecidas, huían entre lamentos y alaridos, maldiciendo a su reina, a la fatal serpiente egipcia...



... y las gentes, empavorecidas, huían...

En palacio apoderóse de todos el terror, al ser advertidos del peligro inminente. La corte, presa de espanto, echó a correr a lo largo de las amplias galerías, precipitándose por las escaleras, buscando refugio en los más apartados rincones.

Y como el miedo es contagioso, la misma Cleopatra, sin poder dominar sus impulsos, atenta al instinto de

conservación, huyó horrorizada ante la visión de la muerte irremediable...

Marco Antonio quedó solo. Inconmovible ante un hado fatal, cree llegada su hora y resuelve morir a manos de sus fieles...

Y con la primera luz blanca y lechosa del nuevo día, penetra en la estancia un centurión, quien abalanzándose contra el triunviro, trata de arrebatárle la vida...; pero, rápido, Marco Antonio desvía la acometida y salta, corajudo, sobre su contrincante, a quien produce la muerte.

Saca inmediatamente del cinto su puñal, y sereno, altivo y gallardo, pronuncia con acento firme:

— Roma Augusta, patria mía; ¿servirá mi muerte de ejemplaridad a los audaces que pretendan luchar contra ti?...

Penetra la sutil arma en el pecho del triunviro; brota un hilo de sangre, hunde con ambas manos el suicida su puñal... y se desploma pesadamente sobre el mármol bruñido del pavimento, sembrado de rosas marchitas y de joyas...

Marco Antonio había muerto.

Cuando Cleopatra tuvo noticia del trágico fin de su amante corrió presurosa a posar sus labios venenosos sobre la boca fría y eternamente muda del hombre a quien había esclavizado... Abrazó el cuerpo rígido, lo besó...; pero ni una lágrima asomó a sus ojos brujos y negros, negros como su alma de vampiresa...

V

Octaviano, vencedor, ordenó la rendición de solemnes honras fúnebres al romano, víctima del amor infernal de una mujer.

— Triste siervo de la Maga del Nilo: — pronunció levemente conmovido ante el cadáver; — aunque re-

belde a Roma, te saludo. El eco de tu grandeza militar repercutirá eternamente a través de los espacios...

No se abatió el orgullo de Cleopatra. Ella, la subyugadora de dos césares romanos, aún imaginó poder encadenar por el amor liviano, de nuevo a Roma.

¡Desdichada! No advertía, la mujer que supo alterar el curso de la Historia, que su astro, como el de su amante, trasponía el linde de la vida...

Sin embargo, intentó seducir a Octaviano, embrujarle, tejer — araña fabulosa — con sus encantos la urdimbre en que aprisionar el corazón del vencedor de Accio... Mas, ¡ay! Augusto no era Marco Antonio, y supo mantenerse digno y fiel a sus tratamientos.

Por toda respuesta, dijo a Cleopatra:

— Reina vencida y subyugada: tu poderío ha cesado. No eres hoy más que mísera esclava de Roma, la dueña del mundo... Prepárate a comparecer, allá, ante su Capitolio, y a expiar todas tus culpas...

La dominadora resistióse a ser dominada; se rebelaba contra su sino; negábase a apurar las heces del cáliz de amargura.

Y acudió como en otro tiempo, a visitar a la encantadora de serpientes.

La pitonisa tuvo que augurar, fatal:

— El astro luminoso de tu poderío, ¡oh! reina! se debilita, se apaga.. va a hundirse en un ocaso eterno... Pero nuestra tierra es pródiga en sutiles venenos, forjadores de las más bellas fantasías en el instante postrero del último adiós... No tienes sino elegir la clase de muerte que prefieras...

Cleopatra sometió a algunas de sus esclavas a la cruelísima prueba de los venenos para decidir cuál de ellos elegiría. Y viendo que la mordedura del áspid tenía la virtud de acelerar la agonía, optó por emplear tal procedimiento para trazar la última página de su existencia turbulenta y borrascosa.

Distribuyó, generosa, entre sus doncellas, los restos de su deslumbrante poderío: telas, joyas y sus más predilectas fieras. Quería anticiparse a su destronamiento; morir siendo todavía la reina de Egipto,

Pero llegó antes de lo que esperaba el malhadado mensaje en que Octaviano, insensible a los halagos de la mujer, decía a Cleopatra:

«En nombre de Roma ordeno el cese de tu reinado personal. Las cadenas que han de cubrir tu cuerpo rematarán la empresa victoriosa de las Águilas de Roma Octaviana».

Rugió de ira la reina humillada y vilipendiada. Re-
forcióse como una monstruosa serpiente que buscara el
último cuerpo al que enroscarse. Llamaron siniestros
sus ojos negros y fulgurantes. Vomitó su boca — aquella
boca que fué nidial de besos — las más socces palabrotas,
y rebosando orgullo, como en los días luminosos de glo-
ria y de amor, pronunció altanera:

— «La mujer puede morir; morirá. Pero la reina de
Egipto, vivirá perennemente en la Historia, y mi pirá-
mide símbolo de la grandeza de mi amor, proclamará
ante los siglos el temple de mi alma, forjada en las
fraguas inextinguibles de la pasión...

Y Roma, compendio de soberbias, no me tendrá como
residuo del botín de guerra. Cuando más, poseerá tan solo
un cuerpo, frío y yerto, el cuerpo de la mujer que hizo
de su vida un poema: el poema inmortal de todos los
amores...

Extrajo de una magnífica arqueta repujada, el áspid,
cuidadosamente guardado; se estremeció... y con firme
resolución, heroicamente, se dejó morder el brazo por la
víbora...

Minutos después, la reina que escandalizó al mundo,
asombrándole, quedaba convertida en vil carroña...

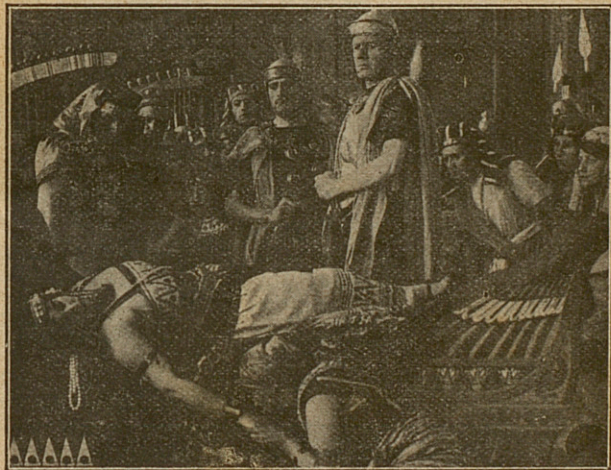
* * *

No se recuerda, en los fastos de Roma, un entusiasmo
tan desbordante como el que corrió, tumultuoso y en-
sordecedor, por todas las vías de la ciudad de los Césares,
como aquél que conmovió hasta en su entraña el espíritu
de todo un pueblo que sabía de los sabores de los grandes
triumfos.

Augusto Octaviano entró en Roma entre vítores y

palmas, pisando su caballo alfombras de flores, aclamado
por voces que enronquecían, que dominaban el estrépito
de la trompetería.

La multitud, ebria, como enloquecida, agitaba los bra-
zos, se apelotonaba en torno al vencedor, a quien exalta-
ba, a quien glorificaba.



Minutos después, la reina que escandalizó al mundo...

El júbilo corría, caudaloso, por calles y plazas; el fre-
nesí culminó en el Celio, en el Viminal, en el Palatino,
los montes gloriosos que bañó siempre el sol fecundante
de las victorias.

Y Augusto Octaviano, palpitante, anhelante, extendió,
desde el más fulgente solio, su brazo, y dijo, dirigiéndose
a su pueblo:

— ¡Salud, Roma Inmortal!...



LA NOVELA GRÁFICA

será la amiga inseparable de los amantes del cine. Ella será quien le oriente en el camino del verdadero arte del silencio y en sus páginas encontrará los más bellos asuntos de la producción mundial.

LA NOVELA GRÁFICA

no podrá nunca ser superada en belleza literaria ni aventajada en presentación material.

¡ADEMÁS!

nuestra publicación quiere que todos sus lectores vayan reuniendo poco a poco las más bellas fotografías de sus artistas predilectos. Al efecto ha establecido los siguientes

REGALOS

La postal que va adjunta a cada ejemplar de LA NOVELA lleva un número en el dorso y a los que resulten iguales a los TRES PRIMEROS PREMIOS del sorteo de la Lotería Nacional del 10 de cada mes, les serán adjudicados los siguientes

PREMIOS

PRIMERO

Un pase para CIENTO FUNCIONES en el cine que se desee de cualquier localidad de España.

SEGUNDO

Un pase para CINCUENTA FUNCIONES en el cine que se desee.

TERCERO

Un pase para VEINTICINCO FUNCIONES en el cine que pida el lector.

Se adjudicarán además otros

300 PREMIOS

consistentes en una MAGNÍFICA FOTOGRAFÍA del artista que se desee, ejecutada en insuperable CARTULINA ESMALTE, tamaño 22 x 26 centímetros. Estos premios serán adjudicados a los poseedores de todos los números del centenar de los tres primeros premios.

Para recibir estos premios, bastará con remitir la postal premiada a nuestra administración, anotando al dorso los siguientes detalles:

Nombre y dirección de la persona favorecida con el premio.—Nombre del artista que se desee recibir. Los gastos de envío, son por nuestra cuenta.